

que mencionar como manifestaciones notables de la actividad literaria en la Italia del siglo xvii; pero, no olvidemos que en la misma época era

La actividad científica, y que es aquél el siglo de Galileo, de Torricelli, de los cuatro Casinis, y de otros muchos a quienes

hallará el lector, ensalzados cual convenía que lo fuesen, en los *Eloges des savants* (Elogios de los sabios) de Fontenelle.

CAPÍTULO XIV

SIGLOS DIECISÉIS Y DIECISIETE : ESPAÑA Y PORTUGAL

POETAS : QUEVEDO, GÓNGORA, LOPE DE VEGA, ERCILLA, CALDERÓN, ROJAS, ETC. — PROSISTAS : MONTE-MAYOR, CERVANTES, ETC. — PORTUGAL : CÁMOENS, ETC. — EL TEATRO.

El siglo xvi y la primera mitad, cuando menos, del siglo xvii, fueron la edad de oro de la literatura española, y, también, de la literatura portuguesa. En poesía, vemos en primer lugar a Quevedo, a quien veremos también, después, en el campo de la prosa. Nació en Madrid; pero sus calaveradas de mozo le obligaron a refugiarse en Sicilia; regresó, a España, en donde le vemos, tan pronto gozando de pingües mercedes del Conde Duque de Olivares, tan pronto perseguido, encarcelado y atormentado por aquel ministro. Tenía pasmosa facilidad, y, también, mucho vigor. Sus poesías, satíricas en general, tienen notabilísimos empuje y verdor.

Como Lyly en Inglaterra, como Marini en Italia, le cupo a Góngora la gloria de fundar un mal

gusto : el *gongorismo*, es decir, el arte de escribir, no para hacerse entender, lo cual no puede convenir más que a los abogados, a los oradores, a los críticos, a los sabios, sino el arte de escribir para hacer adivinar uno su pensamiento al cabo de muchos esfuerzos, o para impedir que lo adivinen. El *gongorismo* es de todos los tiempos, y, en todos los tiempos, es el medio de ahuyentar al público en general, de tener un reducido número de entusiastas admiradores, y de poder despreciar el sufragio de la muchedumbre. Tanto en España como en Francia, tuvo Góngora devotísimos admiradores e imitadores.

A pesar de ser inteligible, es Lope de Vega. Lope de Vega uno de los más grandes poetas de la humanidad. De prodigiosa fecundidad, la cual no es necesariamente una señal de medianía, publicó algunas novelas en prosa (*Dorotea, la Arcadia*), algunas novelas cortas, poemas épicos o heroicos (*Circe, los Pastores de Belén, la Jerusalén conquistada, la Hermosura de Angélica, el Peregrino en su patria, la Rosa Blanca, la Corona trágica*, cuya heroína es María Estuardo, el *Laurel de Apolo*, etc.); poesías burlescas y satíricas; en fin, poemas dramáticos, cuyo total asciende a mil ochocientos, o algo más. En esta multitud de producciones distingúense comedias de costumbres, comedias de intriga, poesías pastorales, comedias históricas (con personajes históricos cuyo nombre conocen los historiadores), tragedias clásicas, tragedias religiosas, comedias mitológicas, comedias santas, comedias filosóficas. A pesar de estas distinciones,

útiles por cierto para dirigirse en medio de ese mundo, todo el teatro de Lope de Vega es un teatro de imaginación, en el que parece entrar por poco la observación, y cuyo mérito reside en la invención feliz, en la atinadísima composición, y en la encantadora fecundidad y variedad de imaginación en los detalles. El teatro de Lope de Vega (no publicado aún por entero, y que, muy probablemente, no lo será nunca), fué una enorme mina en la que hicieron acopio todos los autores dramáticos y aun todos los novelistas de Europa. Aquel prodigioso productor, que escribió millones de versos, es como el Homero de España, pero más fecundo que el otro, y de quien se sabe, positivamente, que ha existido.

Alonso de Ercilla creó un género particular : el de los memorialistas poetas épicos. Ercilla. Supongamos a un hombre mezclado en grandes acontecimientos, de los cuales toma completísimos apuntes; y supongamos que, después de transcurridos dichos sucesos, o en el transcurso de éstos, y en los momentos de tregua, los pone en verso : así compuso Ercilla su *Araucana*, es decir, el poema de la expedición de los españoles contra los araucanos (en Chile); o, mejor dicho, así compuso la primera parte, la mejor de las tres de que consta el poema; más tarde, queriendo elevarse hasta el poema épico propiamente dicho, recurre a los artificios y a las bellezas convencionales y tradicionales de este género y se vuelve más frío, pero sin perder todo su talento. « Este poema es más salvaje que las naciones que cons-

lituyen su asunto », dice Voltaire. Bonita expresión, pero un tanto hiperbólica. La *Araucana* es un poema muy agradablemente salvaje en su primera parte, sin ser feroz, y muy fastidiosamente civilizado en todo el resto, sin ser despreciable.

Hemos de mencionar a Hurtado de Mendoza, el altivo, descónfiado, belicoso y tieso ministro de Carlos Quinto, porque es el primero, en el orden cronológico, de los novelistas picarescos. Consiste el género picaresco en pintar las costumbres de los que han salido de su clase social, de los bohemios, capeadores, estafadores y truhanes. Unos tres cuartos de siglo duró el género picaresco. A este género pertenecen *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; *el Escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel; *el Diablo cojuelo*, de Guevara; un poco, en Francia, *el Gil Blas*, de Le Sage. Pero el prototipo de todos ellos es *el Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza.

Dediquemos un instante al amable Antonio de Guevara, moralista insinuante, cuyos *Epistolas familiares* y *Reloj de príncipes*, aunque adolecen de cierta infatuación, contienen pasajes interesantes que conquistan estima a su autor. Interesa particularmente a los franceses porque de él tomó La Fontaine su *Campesino del Danubio*, atribuyéndolo a « Marco Aurelio » (lo cual ha dado motivo a muchas confusiones), porque el personaje principal del *Reloj de príncipes* es un Marco Aurelio, el cual, por cierto, designa discre-

tamente a Carlos Quinto. A pesar de lo que dice Taine, cuyas críticas de detalle son, por otra parte, justas, La Fontaine ha seguido de muy cerca la hermosísima y muy original redacción de Guevara.

En los siglos xvi y xvii llegó a su apogeo la novela española. Entre los muchos novelistas de aquella época, habremos de mencionar sólo a los principales. Montemayor, que vivía en el siglo xvi, y cuya vida fué por demás azarosa, escribió la *Diana enamorada*, que se hizo célebre en toda España con el nombre de « *Diana de Montemayor* ». Es una novela mitológica, bucólica y mágica, sin más plan ni más orden que el capricho del autor, a veces aburridísima, a veces amena, tierna, seductora y patética, siempre locamente novelesca. Alcanzó considerable boga en España, en Francia, en Italia. De ella procede, aunque más sensata y más reposada, la *Astrea* de Honoré d'Urfé.

De nuevo las habemos con Quevedo, que, en realidad, fué más prosista que poeta, y no menos bueno. Se prodigó en novelas o caprichos satíricos, en escritos de crítica social en que dice duras verdades a la sociedad de su tiempo, y que con frecuencia recuerdan a Juvenal. En fin, dió rienda suelta a su notabilísimo talento en su gran novela que, hace veinte años, habría sido calificada de « naturalista »: *el Gran Tacaño*. Quevedo sabe ciertamente observar, tiene penetración psicológica, o, cuando menos, sagacidad de moralista; pero, sobre todo, imagina de un modo curiosísimo y

original. Sobre un fondo que parece verdadero, inventa aventuras que son casi verisímiles y que son divertidas, burlescas, o de un sabor amargo. Es uno de los espíritus más originales de esa España que abunda en inteligencias originales.

Montesquieu ha dicho de los españoles: « Sólo un libro bueno tienen, el que se burla de todos los demás ». Nada más ingenioso y más injusto; pero queda siendo una verdad que el más excelso de los libros españoles es aquel en que el autor se burla de otros muchos libros españoles. Compuso Cervantes su *Don Quijote* para ridiculizar las novelas de caballería, que en su país constituían la apasionada lectura de los burguesillos y de los hidalgos campesinos, pero sin animosidad, y aun reservando a su héroe, que es al mismo tiempo su víctima, una discreta simpatía, consiguiendo comunicarla al lector. Héroe caballeresco él también, soldado de indomable valor, herido tres veces en la batalla de Lepanto, y quedando manco, cautivo siete años en Argel, regresa a España, en donde desventuras le conducen de nuevo a la cárcel; llega por fin al éxito, si no a la fortuna, con *Don Quijote*. *Don Quijote* es una novela realista, recorrida toda ella por un idealista a quien ningún contratiempo, por duro que sea, consigue hacer apear de sus calenturientas imaginaciones. Nos muestra a lo vivo las costumbres del pueblo, de los posaderos, de los arrieros, de los galeotes, de los frailes, de los mercaderes ambulantes, de los campesinos, por entre las cuales pasa un hombre que ve el mundo entero como una novela, y que cree

hallar una novela en todos los recodos del camino. Este perpetuo contraste, interesante ya y soberanamente artístico por sí mismo, es, además, de una realidad superior a todo realismo, puesto que es la vida entera de la humanidad la que resulta así pintada y penetrada en toda su profundidad, y producida bajo todos sus aspectos. Hay en ella los episodios y las conversaciones pero estrechamente enlazados: los episodios, incidentes burlescos, aventuras cómicas, a veces sentimentales, son de una variedad infinita y demuestran una imaginación increíble; las conversaciones entre Don Quijote y su fiel Sancho representan las dos tendencias del alma humana: por una parte, la bondad, la generosidad, la abnegación, el espíritu de sacrificio y las ilusiones; por otra parte, el sano juicio, el sentido de lo real, la razón proverbial, pero sin maldad y sin amargura. La obra, en su conjunto, es aquella para la cual habría sido menester inventar el calificativo de *inagotable*.

A más de su inmortal novela, escribió Cervantes novelas cortas, romanzas, sonetos, y hasta se ensayó en el teatro, pero sin lograr éxito. El mundo entero, literalmente, se apasionó por *Don Quijote*, y, a pesar de todos los cambios que ha sufrido la afición, sigue poseyendo la admiración de todos los hombres que leen.

Aun dejando aparte Lope de Vega, es muy brillante el teatro, en España, durante estos dos siglos. El teatro español es muy característico, muy original entre

El teatro.
Fernando
de Rojas.

todos los teatros, en cuanto, más que el teatro antiguo, más que el teatro de Shakspeare mismo, es esencialmente lírico; o, por mejor decir, está fundado en la continua mezcla de lo lírico y de lo dramático; en cuanto, por otra parte, se apoya casi siempre en el sentimiento del honor, el pundonor, como dicen los españoles, y en sus leyes severas, tiránicas y hasta crueles. Estos dos principales caracteres le dan una fisonomía del todo suya en medio de los demás teatros europeos. Sin remontarnos hasta los orígenes confusos y sin gran interés del teatro español, hasta los teatros religiosos de los *Autos sacramentales* (que, por cierto, siguieron representándose hasta el siglo xvii), citemos en primer lugar (fines del siglo xv) la célebre *Celestina* de Fernando de Rojas, obra vasta, enorme, disparatada también, a veces profundamente licenciosa, a veces de una gran elevación moral; y, también, tan pronto bufa, tan pronto profundamente patética. La *Celestina* fué traducida varias veces en todas las lenguas; y, sobre todo, en Italia y en Francia, fué tan apreciada como en España.

Con el siglo xvii (después de Calderón. Lope de Vega) vino Calderón. Casi tan fecundo como Lope, autor de lo menos doscientas piezas, de mil, según algunos historiadores, Calderón es, en primer lugar, un prodigioso inventor; es, además, dogmático, moralizá, casi predica. Lo mismo en sus dramas religiosos que en sus dramas de amor, en sus dramas de capa y de espada, hasta en sus comedias e intrigas muy complicadas,

respiran ampliamente los sentimientos primordiales del alma española: el honor, la fe, la fe jurada, la lealtad, la fidelidad, la afición a las grandes aventuras, animando la obra toda y dándole soberbio vuelo. Las más célebres piezas de Calderón son (los títulos de Calderón son siempre indicadores del espíritu de la obra) *En esta vida, todo es verdad y todo mentira, la Vida es sueño, la Devoción a la Cruz, Ante todo mi dama, el Alcalde de Zalamea, Amar después de la muerte, el Médico de su honra.*

Más cerca de nosotros, por su composición regular y casi parecida a la de la antigüedad, está

Alarcón. No por eso deja de ser hombre de imaginación, con temperamento y vigor dramático bastante notables. Citaremos sus tragedias: *Lo que mucho vale mucho cuesta, la Crueldad por honra, el Dueño de las estrellas*; sus comedias: *el Examen de maridos*, y la encantadora *La Verdad sospechosa*, de donde tomó Corneille *el Mentiroso*.

Otro pródigo de la literatura dramática es Tirso de Molina, y aseguran sus compatriotas que escribió trescientas piezas; en todo caso, nos quedan setenta y tres. Es acaso el más disparatado de los autores dramáticos españoles, que lo son casi todos; con facilidad y abandono sorprendentes pasa de lo grosero a lo sublime. Le gustan sobre todo la intriga ingeniosamente complicada, las sorpresas, los golpes de teatro, lo inesperado. Sin embargo, el *Condenado por desconfiado* es una especie de epopeya moral

adaptada al teatro; es notablemente bella y no carece de profundidad. Su drama más célebre por las imitaciones directas o indirectas que ha motivado, y por el tipo que ha sido el primero en presentar, es *el Burlador de Sevilla*, es decir, Don Juan. Sabido es que todas las literaturas europeas son, por Don Juan, tributarias de Tirso de Molina.

Francisco de Rojas, a quien no hay que confundir con Fernando de Rojas, autor de la *Celestina*, aunque con menos bríos que sus predecesores, es, no obstante, un poeta dramático muy distinguido.

Es sobre todo buen cómico. Los franceses del siglo XVII lo han saqueado bastante. Tomás Corneille le tomó buena parte de su don Lucas del Cigarral, personaje de la comedia: *Entre bobos anda el juego*; Scarron, buena parte de su *Jodelet*; Le Sage, un episodio del *Gil Blas*. En fin, es preciso nombrar, aunque fuera sólo por su conexión con el teatro francés, a Guillén de Castro y a Diamante. Guillén de Castro escribió una pieza: *las Mocedades del Cid*, pieza que Corneille conoció e imitó en su célebre tragedia, pero agregándole una balleza incomparable. A su vez, Diamante imitó a Corneille, y copiándose bastante, en su *El honrador de su padre*. Voltaire, que se equivocó en las fechas, creyó que Corneille había imitado a Diamante.

Los Escritores portugueses. En Portugal, el siglo XVI es el que ha sido la edad de oro. Abundan poetas, autores dramáticos, historiadores, moralistas, geniales

algunos de ellos, y, otros, con mucho talento. Entre los poetas líricos vemos a Bernardino Ribeiro, Cristoval Falçam, Diego Bernardes, Andrade Caminha, Alvares do Oriente, Rodrigues Lobo. Ribeiro ha escrito églogas mitad narrativas (o dialogadas), mitad líricas. Se le debe también una novela en la que hay novelas cortas (sabido es que así procedió Le Sage en su *Gil Blas*, en lo cual no hacía sino imitar a los españoles), intitulada *la Inocente doncella*, y que suele ser de una gran delicadeza.

Cristoval Falçam es asimismo un bucólico; pero sus églogas tienen a veces hasta novecientos versos. Compuso también *Voltas*, que son poesías líricas a las que se puede poner música. Eglogas escribió igualmente Diego Bernardes, y epístolas reunidas con el título de *el Lyma*. El Lyma es un río. Es para Bernardes lo que para Honoré d'Urfé, en su *Astrea*, era el Lignon.

Caminha, poeta de corte, muy análogo al francés Saint-Gelais, tenía sagacidad y delicadeza. Eglogas, elegías, epístolas fueron las ocupaciones ordinarias de su musa.

Alvares do Oriente compuso una considerable obra novelesca, mezcla de prosa y verso, intitulada: *Lusitania transformada*, que es sumamente pintoresca; a más de esto, idilios y poemas líricos.

Lobo fué fecundísimo. Dió novelas pastorales entremezcladas de verso y prosa (*el Pastor extranjero*, *la Primavera*, *el Desencanto*), un importante poema épico (*la Corte en la aldea*); en prosa, conversaciones acerca de asuntos morales y literarios, que han quedado clásicos en Portugal; y romanzas, églogas.

Los poetas épicos más notables son : Corte-Real, Manzinho, Dona de Lacerda, Pereira de Castro, Francisco de Saa e Menezes, y, en fin, el gran Cámoens. Corte-Real, escritor de extraordinario talento, ha escrito un poema épico que llamaríamos más bien una novela en verso, pero cuyo fondo es real, acerca del *Naufragio de Sepúlveda* y de su marido Lianor. El relato, muy variado y muy pintoresco, es también, con frecuencia, muy patético. Mucho más lo sería, cuando menos para nosotros, sin la continua intervención de los dioses del paganismo.

Francisco de Saa e Menezes ha cantado al gran Alburquerque y a *Malaca conquistada*. Éntremezcla episodios amorosos y novelescos con relatos y descripciones de batalla. Tiene el sentido del color local y una brillantísima imaginación; se le acusa de demasiado descuido en cuanto a la corrección.

Dona de Lacerda, profesor de idioma y de literatura latina de los hijos de Felipe III, escribió, aunque nacida en Porto, casi siempre en español. Su obra principal es *España libertada* (de los moros), poema épico; dió también, siempre en español, comedias y poesías mezcladas. Sólo alguna que otra vez escribió en prosa portuguesa.

La gloria de estos buenos poetas se eclipsa ante la de Cámoens. Desterrado desde su juventud por un motivo análogo al que hizo desterrar a Ovidio, soldado y perdiendo un ojo en el ataque de Ceuta, errante en las Indias, náufrago, y, según la leyenda, salvando sólo su poema, llevándolo en

una mano mientras nadaba con la otra, regresando a Portugal al cabo de dieciséis años de destierro, asistiendo a las amarguras, al ocaso y al avasallamiento de su patria, falleció (1579) justo en el momento en que Portugal iba a cesar, por espacio de cierto tiempo, de existir políticamente. Ha escrito *las Lusíadas*, es decir, « las Portuguesas », que son la historia de Vasco de Gama y de su expedición a las Indias. La descripción de África, el Cabo de las Tormentas (cabo de Buena Esperanza) con el gigante Adamastor que se opone al paso, la descripción de las Indias constituyen el fondo del relato. Episodios referidos por personajes, como en Virgilo y como en las novelas españolas, son, para la obra, como un suplemento interior, en el que se desarrolla casi toda la historia de Portugal, lo cual explica que los amores de Inés de Castro y del príncipe Don Pedro formen parte de la historia de Vasco de Gama. Cámoens es un poderoso narrador y un magnífico orador en verso, y, sobre todo, un grandísimo pintor. Tiene caprichos que son extraños, aun para su tiempo, como lo es la continua mezcla de divinidades mitológicas y de verdades cristianas, de donde resulta que, por ejemplo, una plegaria de Vasco de Gama a Jesucristo sea atendida por Venus. Puede observarse también que carece de unidad el poema, y que no es sino una sucesión de poemas. Pero, como dice Voltaire, « es tal el placer que procura el arte de referir, los detalles, que bien puede suplir a todos los demás; y todo esto prueba que la obra abunda en notables bellezas, puesto que, desde hace doscientos años, constituye las delicias de una nación inteligente

que de sobra debe de saber de qué faltas adolece ».

Los principales autores dramáticos portugueses son : Saa de Miranda, Antonio Ferreira, Gil Vicente. Saa de Miranda es un poeta filósofo, o mejor dicho, un poeta de ideas; rompió con los eternos idilios, églogas, bucólicas, poesías pastorales de sus predecesores, sin no obstante negarse a componer algunos, y excelentes; pero, en general, aspirando a algo más elevado. Reformó asimismo toda la métrica, introduciendo metros empleados ya en otros países, pero ignorados en el suyo. Escribió odas, epístolas a imitación de las de Horacio, sonetos, poemas líricos en latín, trozos épicos. Por toda esta parte de su obra podemos, de modo bastante legítimo, compararlo con Ronsard. En fin, escribió dos comedias en prosa : los *Extranjeros*, y los *Villalpandios* (los Villalpandios son soldados españoles que desempeñan un papel en la comedia). Es uno de los espíritus más elevados y más nutridos de literatura clásica de cuantos ha producido Portugal.

Ferreira, que compuso poemas líricos, poemas elegíacos, y, sobre todo, epístolas que le merecieron el sobrenombre de Horacio portugués, es sobre todo un poeta dramático. Escribió *Farças*, lo cual no significa farsas propiamente dichas, sino poemas dramáticos que tienen mezcla (que están rellenos) de profano y de religioso; escribió *el Bristo*, comedia popular, *el Celoso*, que es acaso la primera comedia de carácter que pareció en

Europa; y, en fin, *Inés de Castro*, tragedia, tragedia nacional, tragedia regular también, y, de tal modo regular, que creyó el autor deber introducir en ella coros según la manera antigua, patética además, y conducida con mucho arte.

Gil Vicente, poeta muy fecundo que escribió cuarenta y dos piezas de teatro, unas dos terceras partes en español, y lo demás en portugués, se ensayó en todos los géneros de literatura dramática; hizo dramas religiosos (*autos sacramentales*), tragedias, dramas novelescos, comedias y farsas. Sus grandes obras son : *la Sybilla Casandra*, *el Viudo*, *el Amadis de Gaula*, *el Templo de Apolo*, *la Barca del Infierno*. Sus comedias pertenecen más a la manera italiana que a la portuguesa. Según la tradición, Erasmo aprendió el portugués con el solo objeto de leer las comedias de Gil Vicente.